



PREGÓN DE SEMANA SANTA 2011

D. Luis Miranda García

Pregón de Semana Santa 2011 pronunciado el 9 de abril en el Gran Teatro de Córdoba por D. Luis Miranda García, hermano de la cofradía de la Virgen de las Angustias. El pregonero fue presentado por D. Antonio Varo Pineda.

Pregón

I. Las estampas del alma

Tú, la de entonces, sí que eres la misma. A tu alrededor ha ido pasando la vida, negando certezas y confirmando esperanzas, pero desde aquella noche de abril Tú no has cambiado. La mística altura gótica de las naves de San Pablo se quedaba pequeña para contenerte. No había manto bordado, hornacinas, evangelistas ni corona arquitectónica que resistieran el fuego de las lágrimas, la queja que se te escuchaba a poco que el corazón se silenciara, la hermosura no herida por la muerte ni el dolor.

La ciudad hervía de emoción a aquellas horas de ecos de tambores y corazones en espera. Había en torno tuyo un frenético rumor de túnicas negras y mucetas moradas que no tocaban la quieta poesía ni el pleno silencio que se hacía donde estabas. El Pan del monumento ardía en vivo amor a unos cuantos metros y Tú, como el más perfecto sagrario que sólo a través del símbolo se atreve a demostrar el abismo de su verdad, consagrabas también en la madera perfecta la carne de tu Hijo, hecha ya Pan de Vida para nosotros. Vencías con el rostro y las manos el mundanal ruido de cualquier cofradía que tiembla presintiendo la calle. Iba a decir, ingenuo de mí, que la primera ofrenda que te hice fue la de unas cuantas marchas por las calles de Córdoba aquel Jueves Santo de hace 21 años. Hoy, al mirar atrás, sé que fuiste Tú quien me quiso otorgar el don de

amar la música, el arte y sobre todo la palabra, quien me dio una compañía que además de un deleite inagotable para el corazón terminaría siendo una escala de acordes para llegar hasta tu Hijo.

Entre aquella noche y esta que ya se abre paso prometiendo tanto que casi nos salta el corazón de impaciencia hubo muchas noches más. Noches de saetas y de oraciones, de candelерías y esperas a la vera de capas blancas, de soledad en las dinámicas bullas inmóviles; noches como soñadas que de tan perfectas nunca se fueron del todo. Pero también, antes y después, noches oscuras sin respuestas ni palabras, noches de lejanía y de ceguera voluntaria en las que nunca dejó de resplandecer tu lucero, aunque no hubiera ojos que quisieran mirar. Noches en que tu recuerdo vivía en forma de estampa, a bastantes decenas de kilómetros; noches donde casi te quedabas en pieza maravillosa de museo, porque la luz del cirio temblaba y amenazaba con apagarse, y noches en que me llamabas cerca de donde estabas para enseñarme que además del dolor y la tristeza eras capaz de derrochar esperanza como un manantial de agua pura sacada de la roca.

Hubo al fin, noches que convertiste en amaneceres puros con el pulso inquebrantable de los dedos con que sostienes la espina, noches convertidas otra vez en bellas y templadas, con la luna llena como el mejor sol de los posibles, noches de desprecio del mundo en la intimidad divina de una túnica. Noches de largas despedidas, cumplida la estación de penitencia y apagados los cirios, cuando todo tenía sentido y Tú parecías estar feliz con nuestras sonrisas, noches amargas de espera en estos meses en que nos has faltado dejando un vacío sólo remediado por el limpio esplendor de tu belleza desmaculada.

Noches preñadas de tu perfección, copiadas de tu rostro que vence a la penumbra y trueca la oscuridad en mediodía.

En esta hora donde el presagio de la luz y el olor golpea como una certidumbre, Madre de las Angustias, abro por tu página, la primera, el álbum de la memoria que en pocos días volverá a cobrar vida y lo abro, cordobeses, delante de vosotros:

En el álbum del alma tienen color de sepia
y no quedan defectos que amarguen la memoria,
no hay relojes que avancen a la ausencia vacía
ni ha callado la música ni se han muerto las flores.

En el álbum del alma guardamos las postales,
marcadas con acero candente que no quema,
grabadas indelebles una noche templada
que no se nos ha ido aunque pasaran años
para un mundo que gira y ni roza lo eterno.

En el álbum del alma renacen las estampas
llamadas por el llanto, vecinas de la dicha,
que cuentan con detalle en qué días y qué calles
nos supimos felices junto a un Dios compasivo.

En el álbum del alma reponen sin descanso
películas secretas que no cansan de verse.

Será vano esperar compartirlo con nadie,
que la estampa preciada que se guarda tan dentro
se cifra en emociones que no entenderán otros.

Entrando de puntillas deslumbran sus recuerdos
con sus trazos sutiles que resisten al tiempo
y se agolpan luchando para ser las primeras
y dejan a la mente con un solo momento.

En el álbum del alma hay estampas que huelen
y sonidos que visten la tarde de colores.
Por claustro de naranjos en tarde que se apaga,
al compás que derrota la gravedad y el peso,
la Virgen se hace lumbre de fuego y de armonía.
Por oscuras callejas buscamos como ciegos,
guiados por los tambores y el fleco en los varales,
el maná prometido que nos saciará el alma.
¿Cuántas veces, Señor, libertad te pedimos,
al contemplar las manos que atadas aún bendicen?
¿Cuántas veces supimos que no es vana la vida
leyendo la promesa que vigila tu sueño?
Las estampas del alma caminan de puntillas
para abrir las estancias que pensamos cerradas.
Hay bordados de siglos y plata recién hecha,
hay teatros ambulantes cortando multitudes
y en esa misma Córdoba, o tal vez sea distinta,
relicarios de nácar custodian sutilezas
de manos y de lágrimas, de intimidad y silencio.
Coros de avemarías, cirios a la cintura,
rostrillos enjoyados, esquinas que se ensanchan,
canon de la pureza cuando suena la Estrella,
silencios con palabras que nada más se oyen
cuando el corazón calla y es Cristo quien le habla.
Y hay túnicas planchadas, y hay tardes de presagio,
saetas como brotadas de la entraña de un pueblo
y hay amores recónditos, escondidos, anónimos,
visibles para Aquel que mira en lo escondido.
Ha llegado el momento de que recobren vida
las estampas del alma, de que la luz se haga,
de que el color renazca. Nos llaman a la puerta,
casi nos zarandean, embriaga su llamada,
prometen plenitudes del alma y los sentidos.
Al hacerse presentes los recuerdos hermosos,
al renacer la dicha que tan dentro guardamos,
hoy el alma proclama que no es vana la espera,
hoy sabemos sin falta que se cumple lo escrito.

II. Creador del cielo, el sol y la luna

Terminad entonces de limpiar el corazón de amarguras y estrecheces. Salid a la calle una de estas tardes y mirad cómo el Señor ha bendecido vuestra tierra con anohecidos tibios y lentos que os dejan en el corazón el sabor exquisito y sugerente del presentimiento. A esta misma hora, dentro de unos días, irá la Virgen de los Dolores buscando la calle de la Feria, o tocarán a difunto las campanas de San Lorenzo mientras la plaza se prepara en silencio para convertirse en un paisaje de avemarías y estremecimiento, o el Nazareno de la Santa Faz avanzará tendiendo la mano al pueblo como un Creador de la Capilla Sixtina que con el índice lo baña

todo de vida y primavera. Salid, y cuando mañana volváis del ascenso del Señor al Sepulcro en la iglesia más oscura y honda que pueda imaginarse, mirad al cielo y no os olvidéis de dar gracias por lo que estáis a punto de vivir a Quien ha dejado todo el mundo que admiráis prendido de su propia grandeza.

Bendito sea Dios, que crea en nosotros cada Semana Santa un corazón nuevo para que revivamos la Pasión de Cristo y no dejemos de alabar la hermosura inconmensurable de su obra. Bendito sea Dios, creador del cielo, el sol y la luna, motor de sus estaciones y pintor de los atardeceres infinitos de la primavera, de las noches quietas de silencio y música tranquila, bendecidas por el plenilunio que hace del cielo un manto oscuro bordado en plata, en sinfonía perfecta a la que da forma como el más cuidadoso de los compositores. Bendito sea Dios, que inspiró a los escultores, grandiosos o humildes, reconocidos o anónimos, que se atrevieron a imaginarlo en la madera, para que por las imágenes seamos capaces de creer y de rezar, porque en ellas se renueva su Encarnación como hombre semejante a nosotros. Bendito sea Dios, que soñó con las flores y las llenó de su misma perfección de pétalos, olor y colores, y que nosotros no podemos más que poner a sus pies como una ofrenda que le pertenece.

Bendito sea Dios, que dio aliento a quienes antes que nosotros pisaron el solar de Córdoba y la crearon tal y como hoy no podemos dejar de admirarla, sabiendo que la armonía insuperable de sus iglesias, calles, plazas y puertas no era más que un reflejo divino. Bendito sea Dios, que guía a las abejas que hacen la cera que temblará para que veamos la luz en el rostro y las manos de nuestras imágenes, para que sepamos que el hombre en su soberbia nunca podrá crear algo más hermoso que lo que nuestro Señor puso en la naturaleza y en sus criaturas más pequeñas. Bendito sea Dios que con su soplo de vida empuja a los azahares que hace un tiempo nos volvieron a sorprender con su bofetada de presagios plenos. Bendito sea Dios, que vive en los detalles y da fuerzas a los costaleros y lucidez a los capataces que hacen que ver andar, levantarse y arriar los pasos sea tantas veces espejo del cuidado con que su amor hace moverse el mundo. Bendito sea Dios, que creó el oro y la plata y dio a los humanos el don de convertirlos en poemas que canten su grandeza, ya en el cincel del relieve que tocaremos henchidos por la emoción o en el terciopelo con que el ajuar viste a aquello que tanto queremos.

Bendito sea Dios, evocado en el aire por la música que tantas veces parece querer arrancarnos del tiempo en que estamos presos y prometernos una eternidad de dicha.

Y porque nos dio luz y sensatez para crear y mantener nuestra fiesta, porque sólo por Él y con Él, podemos estar felices de decir que dentro de ocho días no nos cabrá la emoción en el pecho por saber que será en Córdoba Semana Santa, bendito sea Dios.

III. Rosario de manos

De tanto encomendarnos a San Rafael, a quien Dios dejó de guarda de esta ciudad en los airosos monumentos de sus triunfos, acaso podamos subirnos con Él a sus alturas. No a aquellas celestiales que no se nos abrirán hasta que no se cumplan los días en la tierra, sino a los pedestales olímpicos de sus columnas que llegan al cielo después de alimentarse de todas las raíces de Córdoba: el fuste que los romanos tomaron de los griegos y de los que aprendimos los valores y el pensamiento; el arcángel que protege en su camino a los israelitas, permanentes peregrinos hacia el reino que Dios promete, y cuya devoción y memoria recogieron los árabes, que aseguran que por su intercesión Dios nos pone a las personas más importantes de nuestro camino; el San Rafael católico que venció a las iconoclastias y sin renunciar a nada de todo lo heredado se introdujo en sus calles y en sus hogares y se alzó, airoso y servicial, en sus plazas, para que los cordobeses supieran que bajo la sombra de sus alas encontrarían la medicina divina que todo lo cura.

Subidos al pedestal barroco que vigila el río que le da sangre y el templo que bombea toda la vida por sus calles, escucharemos lo que San Rafael nos cuente del pasado y del presente. A la altura de sus imágenes de piedra veremos Córdoba como si fuésemos pájaros y sobre ella trazaremos una cruz, la misma que resume

aquello en lo que creemos y cuenta por qué la semana que ya nos toca en las puertas del alma se llama Santa. Y así, con sus puntos cardinales tendremos los dos brazos en los que Jesús extendió los suyos y sabremos que en el lado oriental, en la calle que se llamó del Sol porque la ciudad antigua amanecía por allí, nos llegará la Semana Santa, con el mismo Crucifijo que soñamos que vino con San Fernando para hacer esta ciudad otra vez cristiana.

Si algún año nos hubiésemos dejado llevar demasiado por la fuerza de la costumbre y nos preguntáramos qué buscamos en el barrio de Santiago el Domingo de Ramos, de inmediato lo sabríamos cuando viéramos otra vez levantarse al Cristo de las Penas entre un rosario de manos que aplauden, y a lo mejor por esta vez no está de sobra; de manos que quieren acariciar su cruz porque saben, como aquellas mujeres del Evangelio, que con sólo rozar sus vestiduras estarán curadas de lo que les aflige; de manos que llevan las yemas de los dedos a su paso y después se santiguan, estremecidas; de manos con pudor de besar la madera oscura que sabe de tantas confidencias; de manos que toman otras manos como para transmitirse, sin que nada se pierda, tanto amor como va y viene del Señor.

Y entonces nos preguntaremos si es verdad que otra vez, que otras veces, vimos venir el paso por la calle estrecha, con los brazos de la cruz besando la cal de las paredes, si escuchamos por primera vez la música que parece salir de nuestra alma porque en ella vive desde que éramos niños, si de verdad son nuevas las lágrimas de la Virgen que mira al cielo, si nos suena en realidad la fragancia morada de los lirios. Nos preguntaremos si lo vivimos otra vez o si acaso es la misma de todos los años, porque es Domingo de Ramos y, más que trajes o zapatos que no entienden de lo que pasa dentro, vamos estrenando un corazón que quiere saberlo todo, beberse hasta el final la Semana Santa. Por eso acabamos de empezarla y tememos que se nos escape y queremos verlo venir otra vez, y no nos resignamos a perderlo cuando avanza buscando la Corredera, y en secreto y sin palabras le contamos al Cristo de las Penas todas las cosas que en nuestra vida han cambiado de un Domingo de Ramos a otro.

De verdad entonces estaremos en Semana Santa, la fiesta que amamos, aquella con la que marcamos el paso de nuestra vida, aquella que además de en las calles, sucede en el interior de nuestro pecho, allí donde lo exterior llama con suaves nudillos para que las ventanas de secretas estancias se puedan abrir dejando entrar toda la luz. Corremos presos de la impaciencia por la ciudad, sorteando las bullas, aliviando las esperas, pensando en vano que cuanto antes disfrutemos a las cofradías en las calles más nos durarán en la tarde eterna.

IV. El asombro

Por eso recorremos las edades del hombre en unos cuantos días, y crecemos y decrecemos como si el tiempo estuviera en nuestra mano, y nos soñamos niños, nos hacemos adultos y maduramos de pronto en un camino que marcan las imágenes y las cofradías. Volveremos entonces, como niños que seremos, a asombrarnos con el teatro grandioso de los pasos de misterio, con el brillo del sol de la tarde en las corazas de los soldados romanos, con los gestos de rabia de los judíos, con la indecisión de los apóstoles.

A sus pocos meses, mi hija Gloria empezó a ver la Semana Santa por el primero de estos pasos de misterio, el de la Sagrada Cena, y por él y por su cofradía de las Angustias y por todas las demás, espero que empiece a conocerla a medida que crezca. Vendrá de su parroquia y habrá visto muchas veces al acabar la misa del domingo al Señor de la Fe elevando el cáliz. El Jueves Santo todo es distinto: las avenidas se hacen calles estrechas por el prodigio de las filas de nazarenos, lo vacío se llena con el sol y el oro y el misterio ya es un monumento con cera roja donde se representa lo que después se dirá en los oficios. Yo la vivo como una tarde radiante, por la expectativa gozosa de las túnicas negras esperando en casa hasta su hora y por la vida pletórica de una cofradía en su barrio. La intimidad de la capilla se baña de primavera en la calle, el silencio se convierte en música de plata y la quietud cotidiana se muda en feliz algarabía de capas blancas, costales y

familias que viven a la sombra feliz de la hermandad. Al ver andar el misterio apabullante, será fácil que los niños que somos comprendamos aquello de “Yo estoy con vosotros todos los días”, pero será muy difícil que sigamos esperando y preguntando cuánto falta para que por el paisaje de aire límpido y colgaduras granates venga la Virgen de la Esperanza del Valle.

En la Cena, Jesús nos promete seguir con nosotros, y en los tribunales, barcos sin mar que atraviesan las muchedumbres, el Señor está maniatado ante las insidias humanas, que siempre ponen sus viles intereses por delante de los de Dios. Lo vemos abatido, con la mirada de Aquel que desprecian, con las manos atadas de quien no puede intervenir aunque le duela, y nos imaginamos que en vez de sumos sacerdotes barbudos, pretores indecisos y sayones serviles estamos nosotros, los cofrades, tantísimas veces enfangados en disputas estériles, conspiradores contra nuestros hermanos para unas cuantas fotos, rencorosos que borran la huella de los demás, orgullosos que no son capaces de pedir perdón ni darlo, desconocedores de la caridad y la reconciliación, ambiciosos de honores y martillos, de mandos efímeros con que saciar al dragón de la soberbia. Decidme entonces si tantísimas veces aquellos sillones en que estamos sentados o en que aspiramos a sentarnos no son más que los de aquellos que etiquetamos como los malos de la Pasión de Nuestro Señor, chivos expiatorios de candelero donde en vano quisiéramos esconder nuestros propios pecados.

Pero volvamos a nuestra infancia soñada, al asombro de los niños que mirarán las plumas de pavo real que lucen en el paso del Señor de la Redención, abanicando al jerarca con sus vanos lujos. Otro barrio y otra Córdoba que germina fuera de la ciudad intramuros, aunque bendecida por su esencia cada Lunes Santo, ahora estampa del alma en el clamor de la tarde. Es su cofradía el prodigio de lo colectivo, la fuerza de muchas manos unidas para hacerla grande. Cuando el Señor de la Redención está en la calle parece menos un paso de misterio que un escenario suntuoso, móvil y armónico, de tanto como laten a un mismo ritmo los corazones de quienes lo mueven, los corazones de una agrupación musical que ya es cada vez menos una banda sujeta al paso del tiempo y más una entraña honda e inmutable de la Semana Santa en esta ciudad; los corazones de las aceras y de las filas nazarenas, integrantes de la ordenada algarabía que quiere consolar a Jesús. Pero si es hora de niños, como niños que son, se prenderán de la belleza de la Virgen María. Entre capirotos azules le han puesto un nombre de ternura y guía en el océano turbulento de la vida, Estrella, y le han llenado la cara de lágrimas que sólo se consolarán con la cera rizada, como si la alegría de ver a la cofradía propia en la calle bastase para conseguir que el llanto se ahogue en risa, como se consigue a veces besando a un niño.

Es la tarde del Lunes Santo y subidos a las alturas de San Rafael podemos ver, como pájaros, los ríos de nazarenos, seguir el movimiento majestuoso de los misterios, la fina caricia de las bambalinas en los varales, porque si es tiempo de asombros con el drama de la Pasión, también es la hora de los piropos para las Madres que bendicen de ternura en sus pasos de palio. Por Levante en la tarde, blanca y radiante como el sueño de sus nazarenos, o por el Zumbacón, tan suyo, después, donde el azul de la noche se ha prendido en las caídas que le van cantando acompasadas como si fuesen letanías, le llaman Merced, porque saben bien que es como una gracia, como un regalo, como una muestra de clemencia infinita desde el cielo. Dice su tradición que rompe cadenas, pero también alivia soledades, despierta madrugadas, ilumina tinieblas, muestra los caminos, conoce los secretos. Con el Señor hemos aprendido antes que los romanos y sayones en su brutalidad han acertado a coronarlo de espinas y a ponerle una caña por cetro, porque su Reino se consuma con el padecimiento y la humillación, y no con la gloria vana y temporal que se termina.

La Virgen de la Merced llega reconociendo a los suyos y sabe mejor que nadie, como lo sabe en todos los barrios, cuántos de los que allí están emocionados, rezando a las imágenes como aprendieron de su familia, no se habrían acercado casi nunca a una iglesia si no hubiera sido por la cofradía del barrio, aquella que no se conformaba con hablar, sino que predicaba con un ejemplo de humanidad y esfuerzo. Un día se prendaron

de la belleza de la Virgen de la Merced y empezaron un camino que los apartó del consumismo y del hedonismo vacío. Sólo Ella conoce de verdad el milagro de la fe que primero entra por los sentidos y después crece en el corazón para llenar toda la vida, y sólo su corazón de Madre, con su indulgente alegría imperecedera, sabe los fallos que tienen que caer en el olvido porque pesan menos que los sacrificios, los desvelos y los afanes de quienes aprendieron a rezar con el testimonio de un paso en la calle y, así evangelizados, evangelizan de la misma forma que tanto fruto dio en ellos.

Si alegres, como de fiesta grande, vienen los barrios, por el centro de Córdoba la tarde se ha vestido de la elegante seriedad que un día fue el sello de esta ciudad y que sigue viva debajo de una cáscara superficial que terminará por hartarse de sí misma. Viene con sagrado aplomo el misterio de la Sentencia y en él los niños que seguimos siendo no podemos buscar gestos que comprendamos a un golpe de vista: más bien tendremos que esperar y crecer para comprender la duda de Pilato entre quien implora por la salvación del prójimo y quien lo condena, la serenidad del que se sabe camino de una muerte que acepta y lo llena todo de su resignación. Para negar que éstas son devociones nuevas nacidas sólo al calor de los modernos amantes de la Semana Santa viene la Virgen de Gracia y Amparo.

¿Qué devoción antigua, extinguida y reencarnada hoy en su cofradía, conocieron sus lágrimas, la estampa que busca el dolor más que la belleza castiza, aunque no renuncie a ella?

¿Qué ofrendas de plata, qué sayas de terciopelo, qué rostrillos perdidos le enmarcaron la palidez en otros siglos? ¿Conoció viejas Semanas Santas de andas sencillas y de disciplinantes, oyó "Misereres" de frailes, caminó otras veces a la Catedral con otras hermandades?

¿Quién de la nobleza de Córdoba sería su camarera, quién le susurraría el último avemaría en el convento de la Victoria, quién recordaría el hueco que dejara en su hornacina antes de su cautiverio en vulgar atarazana, qué almas partirían con la pena de la tradición que pensaban que se perdería para siempre?

Sólo Ella lo sabe, pero seguro que esta Córdoba solemne que camina con su palio estilizado a la Catedral no es muy distinta de aquella que conoció hace siglos.

V. ¿Quién va a ser?

Somos otra vez niños cuando vemos venir el misterio del Señor de las Penas y esperamos que los esclavos se muevan y le carguen la cruz, cuando pensamos que el sanedrita acaba de mover el brazo que resume el gesto de violencia, cuando escuchamos casi suspirar a la mansa imagen de gesto tierno. Y lo seguiremos siendo en el momento en que una levanta al aire, un salpicar de pétalos acumulados y una sinfonía de campanitas nos hagan creer sin necesidad de ver. Por eso nos preguntamos:

¿Quién con tanta madurez merece cara de niña bonita?

¿Quién reparte tanto de su advocación que tenemos miedo de que un Domingo de Ramos vuelva a su casa vacía?

¿Quién dejando asomar a su boca un amago de sonrisa hace purificar tanto el corazón a base de lágrimas?

¿Quién derrota incertidumbres con su nombre?

¿Quién es un magníficat con ojos verdes, una salve directa al cielo que se deja ver por la malla de su palio, un "Haced lo que Él os diga" fraseado por las cornetas y los clarinetes de su banda?

¿Quién es un ascua de luz de cera en la noche de la vida, un sol que no deslumbra, una luna hermosa capaz de dar calor?

¿Quién transforma a los niños en teólogos exactos a fuerza de besos y piropos, de bocas que sólo saben decir lo guapa que está?

¿Quién es ancla morena, voz de fleco en la bambalina, talle de varal, pétalo de gladiolo?

¿Quién ha pintado de verde las aguas del Bailío, de la Fuenseca, de San Andrés, de la Piedra Escrita, y algún día, seguro, de la Fuente del Olivo?

¿Quién reina en el paso que no se arría nunca en el corazón, sino que seguirá siempre andando para que nunca la perdamos?

¿Quién no consiente que la dejemos sin pena, que soñemos ser como esa candelería que no querría apagarse nunca?

¿Quién promete sin parar, en la noche del Domingo de Ramos y en todas las noches, que tendrá pañuelo para todas nuestras lágrimas?

Pues, ¿quién va a ser? La Esperanza.

VI. Buscando a Jesús

Somos como niños en Semana Santa, pero, igual que ellos, vamos haciéndonos preguntas y un buen día, cuando nos damos cuenta de que el mundo está mucho más lleno de incertidumbres que de certezas, notamos que hemos crecido y empezamos a buscar respuestas. Sucede en el mismo momento en que la cruz, esa cruz que el Señor de las Penas aún no lleva encima, se alza protagonista hundiendo el hombro de Jesús, clavando sus pasos en la tierra. De pronto ya no lo vemos rodeado de villanos, maltratado por los romanos, condenado por quienes no lo comprenden. Ahora es un Hombre solo, al que acaso nos iremos pareciendo algunas veces, porque también nosotros buscamos al Padre y también nosotros pensamos que nos abandona.

Es el momento en que el niño crece, en que ya no necesita la mano de sus padres, pero aunque vaya en pandillas ruidosas que despiertan a la vida, está buscando a Jesús, y lo encuentra. Lo ve abrumado y casi temeroso, como si el cielo se le fuera a caer encima, en la calle de la Feria, en el momento en que la Semana Santa es intensa y efímera como azahar fragante, a la hora en que no puede haber una ciudad más hermosa que aquella que permite una escolta de hojas verdes y flores de pureza para el camino de una cofradía con tres pasos y nazarenos. Cuando la música y el cielo se unen para consolar al Señor en el momento de la felicidad que da el abrazo primero con aquello que se ama y tanto se ha hecho esperar, al entender que no puede haber un paraíso mejor que este que llena el corazón y los sentidos, parece que Jesús está enseñando cómo se reza, con el dolor sentido en los ojos y las manos abiertas para dar. Y cómo no hacerlo si es Semana Santa, si la primavera se confirma y el Evangelio es un paso que sube por la calle. Pero está cayendo la noche, la que el Señor siente como una amenaza aunque sepa también que después amanecerá, y vemos que en cualquier momento sudará sangre, que la muerte y el sufrimiento están muy cerca, tan cerca que terminamos viéndolo atado a la columna, otra vez mirando al cielo, no sabemos si afligido más por la tortura que por la soledad.

En esas horas estamos prisioneros de la ciudad y la vemos bendecida por las imágenes, como si el Señor y la Virgen María la hubiesen dejado vestida de su hermosura. En la calle de la Feria que hemos visto aliviarse de elegancia cuando la subí